Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

DIOS AMA A LOS PECADORES

Su misericordia no tiene límites

*"Alabad al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia"*
(Sal. 136,1)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7770-592-5
D.L.: Gr. 1020-01
Impreso en España
Printed in Spain

PRESENTACION

Amigo lector:

Aquí te presento este pequeño libro, que espero sea muy útil para que el quiera vivir cristianamente, y lo primero que tiene que hacer el que se precie de cristiano, es combatir su ignorancia religiosa, creer firmemente en la existencia de un Dios infinitamente misericordiosa y reconocer la malicia del pecado, y tener por cierto que, aunque hubiéramos cometido muchos y grandes pecados, si nos arrepentimos y seguimos guardando sus santos mandamientos, viviremos alegres y contentos, porque Dios usará de gran misericordia para con nosotros.

Un día dijo Dios por medio del profeta Jeremías al pueblo de Israel: "*Conviértete a*

Mí apóstata Israel, porque si lo haces, no te miraré con rostro airado, porque soy un Dios misericordioso..." (3,12), y hoy también sigue diciéndonos: "*Pecadores, convertíos a Mi, porque soy un Dios misericordioso, que "no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*" (Ez. 33,11).

A este fin nos interesa a todos saber qué es el pecado, cuál es su malicia, y cómo, a pesar de todo, Dios ama a los pecadores usando con ellos de misericordia y esperándolos con amor, pues Él no es un Juez que condena, sino un Padre que está siempre deseando perdonar, y si a veces amenaza con castigos y hasta con el infierno, es precisamente porque nos ama, y nos invita a la conversión para que no vayamos por el camino del mal y nos condenemos. El que se condena es porque él quiere, pues, como veremos, la misericordia de Dios es grande y sin limites, y si aquí no hablo de la Virgen María como "Madre de misericordia" (a la

que está bien invoquemos en nuestras tentaciones), es porque ya he hablado en otros libros de ella, y ahora, lo más esencial es saber que Dios es sumamente paciente con nosotros, pecadores, y que está siempre dispuesto a perdonarnos con tal que nosotros sepamos también perdonar a los demás y estemos a su vez dispuestos al arrepentimiento y a la confesión de nuestros pecados para vivir en amistad con Dios.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 17 de agosto 2001

DIOS AMA A LOS PECADORES

Creyentes e incrédulos

Después de haber escrito un libro titulado "¿Por qué hay incrédulos y ateos", me muevo a escribir el presente porque tenemos que reconocer que, en este mundo, podemos clasificar a los hombres en dos grupos: *los incrédulos*, que son los que no creen en Dios, los blasfemos, los que no practican religión alguna y los más viven como paganos, y *los creyentes*, o sea, los que creen en Dios y practican la religión revelada por Él.

Si preguntamos cual es la causa de que haya incrédulos que se atreven a negar la existencia de Dios, forzosamente tenemos que decir que la causa no es otra que la ignorancia religiosa, pues es la que los ha conducido a su incredulidad, a la corrupción del corazón y a la pérdida de la fe.

Hoy hay muchos que viven alejados de Dios y que por haber quebrantado su ley, es decir, por no cumplir sus mandamientos, viven en pecado sin miras sobrenaturales, a los que su conciencia no dejará de acusarlos, porque la conciencia es la voz de Dios, que dice a todos lo que es bueno y lo que es malo. Si hacen una buena acción, la conciencia los alaba y aplaude, y si la hacen mala, los vitupera y se la echan en cara.

Supuesta la existencia, de Dios, la cual no podemos negar, porque la creación entera nos habla de Él para que salgan de su incredulidad, yo les exhorto a que tengan presente el ejemplo del famoso letrado francés La Harpe, del cual he hablado ya en el libro citado, para que vean cómo vivió él y cómo salió de su incredulidad.

La Harpe, poeta de las bacanales parisinas, en un principio aceptó los principios de la revolución, ligado amistosamente con los enciclopedistas. Era uno de tantos incrédu-

los. Encarcelado como sospechoso, reaccionó en la prisión. ¿De qué modo? Comenzó a preguntarse a si mismo. ¿Estoy en lo cierto? El corazón le respondió que no. Y La Harpe se dio a la meditación y al estudio de la religión, y, ayudado de la divina gracia, dio con la fe. Una vez fuera de la cárcel, a quien le preguntaba: ¿Cómo has cambiado de parecer?, respondía: "He creído porque he examinado, examinad también vosotros y creeréis"

A todo el que lea este libro, si vive en como el incrédulo La Harpe, yo le digo: Empieza por hacerte con un Catecismo elemental y reflexiona sobre las verdades reveladas contenidas en Él, y si vas examinando como él lo hizo saldrás de tu vida de pecado y vivirás alegremente tu conversión a la vida de fe.

¿Qué es el pecado?

Por relacionarse la misericordia de Dios

con el pecado, empezaremos por hablar de éste. "*Pecado es la transgresión o violación de la ley de Dios*" (1 Jn.3,4) . Esta ley está, contenida en sus diez mandamientos.

San Agustín nos da esta definición del pecado: "Una acción, una palabra o un deseo contra la ley de Dios". Puede ser grave o leve.

Vg. Blasfemar del santo nombre de Dios es un pecado grave. No oír Misa cuando está obligado a ello, es un pecado grave. Recrearte con plena deliberación en pensamientos, palabras u obras contra la santa pureza, es un pecado grave.

Una mentira, que no ocasiona perjuicio a nadie o una corriente murmuración, es un pecado leve. Pero sea grave o leve el pecado es una ofensa que se hace a Dios.

Para apreciar la malicia de una ofensa, hay que mirarla no en si misma, sino en la persona que hace la ofensa y en la persona que la recibe, y así si la ofensa se hace a

Dios, el pecado del hombre, como dice Santo Tomás, contiene casi una malicia infinita.

El pecado es una ofensa a Dios y a su vez una ingratitud, pues al pecar nos servimos de los ojos que Dios nos dio, y de los oídos y de la lengua, del talento y de la salud... todos don de Dios. ¿Qué dirías tu de un pobre que comprara una espada con la limosna que tu le has dado, para matarte?

Se cuenta de Monseñor Sibour, Arzobispo de París, que se presentó a Él un obrero, el cual, suspirando, le dijo que debido a una enfermedad había perdido el empleo y se hallaba en la extrema miseria con cinco hijos, que lloraban de hambre. El Arzobispo, conmovido, abre el cajón de su mesa y le da una limosna. Se sale precipitado con aquellas monedas, sin apenas darle gracias, y compra un puñal. Al día siguiente era Santa Genoveva, patrona de Francia, y después de la solemne Misa Pontifical, allá

en la Catedral, sale de detrás de una columna el obrero, y le clava el puñal en el corazón. Le reconoció el Arzobispo, y dice: a este mismo le di ayer una limosna. Al saberse en Francia, el grito unánime fue: ¡Muera el infame!...

¡Cuantas veces hemos sido los ingratos! Tantas cuantas hemos pecado, porque pecando nos hemos servido de los ojos que son donde Dios, de los oídos, de la lengua... Todo don de Dios. ¡Que ingratos somos cuando pecamos!.

El pecado mortal es el peor de los males

La razón por la que el pecador mortal es peor y el mayor de los males es porque se opone al fin último para el que Dios nos ha creado, pues despoja al alma de la gracia divina y la priva de la bienaventuranza eterna. No faltan quienes digan: Yo he pecado muchas veces y no me ha pasado nada.. "*No*

digas: He pecado y ¿qué me ha sucedido? Porque el Señor es paciente. Aun del pecado expiado no vivas sin temor, y no añadas pecados a pecados. Y no digas: Grande es su misericordia. El perdonará mis muchos pecados. Porque en Él hay misericordia y castigo, y éste lo descargará sobre los pecadores (que no se arrepienten) (Eclo. 5,4 ss).

Dices que no te ha sucedido nada, pecador; piensa que Dios pudo enviarte la muerte cuando pecaste y no lo hizo. Pudo enviarte una enfermedad... y no lo hizo... Te diré que Dios no tiene prisa en castigarte... pues Dios por ser muy misericordioso "*Hace como que no ve nuestros pecados para esperarnos al arrepentimiento* de *cuantos hemos cometido* (Sap. 11,24).

-¿Y dices que has pecado y no te ha sucedido nada? Es que no te das cuenta que has perdido por tus pecados mortales la gracia santificante, la vida sobrenatural del alma, y por está pérdida no eres más que un cadáver

ambulante? "*Tienes el nombre de viviente, pero en realidad estas muerto*" (Apoc. 3,1).

Actualmente Dios es ofendido por millones de pecadores todos los días, hombres a quienes Dios ha colmado de bienes y le injurian y blasfeman su santo Nombre, y Dios los tolera diez, veinte o más años y todavía los colma de beneficios. Podía castigarlos, como ha hecho con otros, y si no lo hace es por esperarlos a penitencia.

Alguna vez Dios ha castigado con muertes repentinas, como sucedido con el ateo Wirney, en América, que daba mucho que hablar por su furor sectario. Un día se exaltó entre unos amigos hasta decirles con una blasfemia:

"Para que veáis claramente que no existe Dios, yo desafío aquí a ese ser omnipotente, que decís, a que me haga morir de repente. Pero no te sucederá nada, precisamente porque no existe".

Apenas dijo esto cayó muerto. Este suce-

so verídico causó enorme impresión en Estados Unidos.

No hay duda que Dios es sumamente paciente, que sufre a los pecadores y los tolera y hasta los invita a penitencia, y está dispuesto a perdonarles con tal que ellos, llegue un día, que están dispuestos a arrepentirse y confesarse.

¿Qué se pierde por el pecado mortal?

Es verdad de fe que un solo pecado mortal es bastante para despojar al alma de todos los tesoros de la gracia y de todos los méritos adquiridos. Aunque a los ojos de Dios tuvieras el mérito de todos los apóstoles, de todos los mártires y de todas las vírgenes y santos, si cometes un pecado mortal, lo pierdes todo.

Cometes un pecado mortal... y tu alma que era amada de Dios, se hace aborrecible a sus ojos.. Con el pecado lo has perdido todo, has perdido todo, has perdido tus

méritos y te has imposibilitado para ganar otros nuevos.

Puedes mortificar tu cuerpo, puedes distribuir tus bienes entre los pobres y hacer otras muchas obras buenas.. Todo es inútil. No te sirve para nada, porque estás en pecado mortal y un alma en pecado mortal, no puede merecer.

Pero escúcheme para tu consuelo. Si te arrepientes de lo que has hecho de malo y prometes seriamente que no has de volver a hacer el mal que hiciste, aquellos méritos que perdiste cuando pecaste, se te devuelven de nuevo.

El Concilio de Trento lo expresa con esta frase significativa: "*Merita reviviscunt*": Los méritos reviven. Se habían perdido por el pecado, pero con el arrepentimiento, halló otra vez el alma lo que había perdido.

Todos somos pecadores

El mayor pecado cometido por los hom-

bres, y es obra de todos, es el que dio muerte a Jesucristo, el autor de la vida. Todos hemos sido responsables de su muerte.

En ella unos tenemos más culpa que otros, pues así lo dijo el mismo Jesucristo al atribuir un mayor pecado a Judas y al sumo Pontífice. "*Por eso el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado*" (Jn.19,10).

-*Pecó Judas* entregando el Justo a la muerte por la avaricia. La avaricia le apartó de la compañía de Jesús y le llevó a la traición.

- *Pecaron los judíos* pidiendo su muerte. San Agustín dice: "Vosotros le matasteis. ¿Cuándo? Le matasteis con la espada de vuestra lengua cuando despiadados clamabais: "*¡Crucifícale! ¡Crucifícale!*"

- *Pecaron los escribas y fariseos*. Y éste fue el pecado más grave, porque buscaban directamente la muerte de Jesús y le entregaron por la envidia que contra Él habían concebido y por el odio que le profesaban.

- *Pecó Pilato.* Es cierto que reconoció la

inocencia de Jesús y trató de librarle; pero, aun siendo inocente, le azota para calmar de este modo la sed de venganza de los judíos, y estando en su mano el condenar o soltar a Jesús, mas por no perder su puesto y enemistarse con el Cesar, terminó por entregarle para que fuese crucificado.

- *Pecamos también todos*, todos los pecadores, pues cuando se acercaron a prender a Jesús en el huerto, después de hacerles caer en tierra, les autorizó para que se levantaran, diciéndoles: "*Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*" (Lc.22,53), y poco antes a sus discípulos: "*El Hijo del hombre va a ser entregado en mano de los pecadores*" (Mt.26,45). Todos, pues, cuantos hemos pecado, somos culpables de su pasión.

La responsabilidad de la muerte de Jesús no pesa sobre un pueblo determinado, sino sobre toda la humanidad. Y así lo dice San Pablo: "*El mundo todo se tenga por reo delante de Dios*" (Rom. 3,19).

Dios ama a los pecadores

Dios, que odia infinitamente el pecado, ama infinitamente al pecador y lo espera con amor. Por eso dice por el profeta: "*Yo no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*" (Ez. 33,11), y por lo mismo nos invita al perdón de nuestros pecados y a la conversión: "*Volveos a Mi y Yo me volveré a vosotros, dice el Señor. Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras*" (Zac. 1, 3-4).

"Lo que hace brillar más el amor de Dios hacia nosotros, es que cuando éramos aún pecadores, Jesucristo, al tiempo señalado, murió por nosotros; con mayor razón, pues, ahora que estamos justificados por su Sangre, nos salvaremos por Él de la ira" (Rom. 5,8).

Si los pecadores, se vuelven a Dios por el arrepentimiento de sus culpas "*Dios se volverá a ellos y les tendrá compasión y sepultará*

en el olvido sus iniquidades y arrojará en el profundo del mar todos sus pecados" (Miq. 7).

No podemos poner en duda que Jesucristo ama a los pecadores, porque nos está revelado que Él "*vino a este mundo a salvar a los pecadores*" (1 Tim. 1, 15), y "*tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna, pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él*" (Jn. 3, 16-17).

Algunos dicen: Si Dios es tan bueno ¿Por qué amenaza a los pecadores con el infierno? San Juan Crisóstomo dice: "Dios amenaza con el infierno porque precisamente ama. Porque cortando la malicia y frenando con el temor la inclinación hacia lo malo, no hace sino contener con cosas buenas y molestas tu alma propensa a las cosas bajas, y así conducirte de nuevo a sus caminos (que son sus mandamientos) y alejarte de

toda iniquidad". El pensamiento del infierno es un gran remedio contra el pecado.

El célebre escriturista P. Cornelio Alapide se expresa así: "¿Por qué ha de haber un infierno, siendo Dios tan bueno? El infierno es precisamente necesario porque Dios es bueno; porque, ¿dónde estaría su bondad si el desorden moral quedase impune? Si los jueces sentados en el tribunal dejasen sin castigo el parricidio, el homicidio, la violación, el incendio y el robo, ¿qué seria de la justicia y de la sociedad? Si queremos un paraíso para recompensar a los buenos, ¿por qué no de haber un infierno para castigar a los malos? Dios es bueno y justo; pero hay muchas virtudes heroicas como el martirio, que no tienen recompensa en este mundo, y hay también muchos crímenes que no son castigados esto pide la necesidad de un cielo y de un infierno".

Muchos dicen: ¿Para qué hablar del infierno? Pues debemos hablar de él, por-

que no es una fábula, sino una tremenda realidad y Jesucristo nos habla de él muchas veces en el Evangelio y es un dogma de fe.

Santa Teresa de Jesús quería que se hablase con frecuencia del infierno, porque eran muchas las almas que él. Termino con el ejemplo del Padre Baldinucci italiano, del que se refiere en el proceso de su beatificación que predicando en la diócesis de Veletri (Italia) en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar en medio de su sermón, y hecho gran silencio, dijo: "Lo mismo que el otoño el vendaval arroja al suelo las hojas de los árboles, así he visto yo caer innumerables en el infierno". Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo, lo cual causó una gran impresión en los oyentes, siendo todos ellos testigos.

¿Serán pocos los que se salven?

Esta pregunta se la hizo uno un día a

Jesucristo, y Él se limitó a decir: "*Esforzaos a entrar por la puerta derecha....*". Según los Evangelios (Mt.7,13; Lc.13,24), se nos da a entender que son más los que se condenan porque son más los que van por el camino ancho de la perdición.

Aunque nuestro Señor Jesucristo no intenta determinar el número de los "elegidos", es necesario reconocer que nos pide esfuerzo en andar por el camino que nos lleva a Dios, y éste es estrecho: el de los vencimientos o de la cruz y el de sus mandamientos.

Dos son los caminos que conducen a la eternidad, y dos son las puertas para, entrar en ella: El *camino espacioso* de las satisfacciones contrarias a la ley de Dios, y la *puerta ancha* es camino de perdición que lleva a la eternidad infeliz.

La *puerta estrecha* y el *camino estrecho* de la mortificación llevan a la eternidad gozosa.. ¿Acaso no siguen *los más* el camino

ancho y *pocos* el estrecho? Deben hacernos pensar las palabras de Jesús. Repitámoslas según están en su Evangelio:

"*¡Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida y cuán pocos los que dan con ella!*". (Mt. 7, 13-14).

Al camino estrecho de la salvación, se opone la infinita misericordia de Dios. Hablemos ahora de ella.

El pecado ante la misericordia de Dios

San Juan Crisóstomo se hace esta pregunta: "Qué es el pecado ante la misericordia de Dios? y contesta: El pecado ante la misericordia divina es una telaraña que desaparece para siempre al soplo del viento" (In Psal.)

El atributo más alabado y ensalzado de Dios entre todos es la misericordia divina: "*La misericordia de Dios está sobre todas sus*

obras" (Sal.145,9) "Llena está la tierra de su misericordia" (Sal. 33,5).

El salmista también hace este cántico a la misericordia divina: "*Misericordioso y benigno es Yahvé, tardo en airarse y lleno de clemencia. No está siempre acusando, ni guarda rencor para siempre. No nos castiga a medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras aniquidades. Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos, tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen.*

"*Cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto aleja de nosotros nuestros pecados. Como un padre que se apiada de sus hijos, así Yahvé se compadece de los que le temen. Porque Él sabe de que estamos formados. Él recuerda de que somos polvo. La misericordia del Señor es eterna para los que le temen.* (Sál. 103, 8-14ss).

"*Si no hemos desaparecido ya, se nos dice por el profeta, lo debemos a la misericordia de Dios, pues su compasión no se ha agotado*" (Lam.3,22).

La misericordia de Dios es grande e ilimitada, porque procede del mismo Dios y de su inmenso amor a los hombres, y porque nos ha dado su Hijo Jesucristo para redimirnos a todos. Además porque siendo nosotros tan viles y miserables, tan llenos de pecados, nos ha hecho capaces de recibir su gracia y su gloria. Es lo que expresa el salmista: "*El abismo llama a otro abismo*" (Sal. 42,8). El abismo de las miserias humanas atrae el abismo de la misericordia divina.

La misericordia de Dios es grandísima, Él espera a que el pecador se arrepienta, y así nos dice por el profeta Ezequiel: "*Si el impío se convirtiese de sus pecados y practicase la equidad y la justicia y siguiere los mandamientos de vida ciertamente vivirá y no morirá. Ni de sus pecados (por grandes que sean) los cometidos, serán recordados contra él*" (Ez. 33,11 s).

Un día dijo el Corazón de Jesús a Sor Josefa Menéndez: "Quiero que el mundo

entero me conozca como al Dios de misericordia y del amor. Quiero que los hombres conozcan los ardientes deseos que tengo de perdonarlos y de salvarlos. Quiero que los miserables no teman, que los culpables no huyan, que todos vengan a Mi, porque a todos espero con los brazos abiertos para darles la paz y la verdadera felicidad".

Un célebre autor ha dicho: "Entre el último suspiro de un moribundo y el infierno media un océano de misericordia"

Como Dios nos dice que Él "*no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva*", sepan todos los pecadores que si ellos se condenan, es por su culpa, pues espera que dejen de pecar y si arrepentidos se acercan a Dios, por mucho que hayan pecado, se salvaran. Sabido es ya el camino de la salvación: La guarda de sus mandamientos: "*Si quieres entrar en la vida, eterna, guarda los mandamientos*" de la Ley de Dios.

En consecuencia: Los que no se salvan,

es por su propia culpa. "Dios que te creó sin ti, no te salvaré sin ti" Por muy pecador que sea un hombre, debe esperar que si se arrepiente y convierte perfectamente, Dios le perdonará (St. Tomás)....

El hijo pródigo

En el Evangelio de San Lucas se nos refiere que los escribas y fariseos al ver que los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oír su doctrina, murmuraban de Él diciendo: que era amigo de pecadores y comía con ellos. Entonces Jesús al oír lo que decían les propuso, entre otras, la parábola del hijo pródigo. El Evangelio nos lo refiere así:

Un hombre hacendado tenia dos hijos. El más joven pidió su parte de herencia, y ante su insistencia, el padre se la dio. El joven quería estar libre, libre de la tutela paterna, pues no quería ni avisos ni conse-

jos, no oía más que la voz exigente de sus pasiones... Sin esperar muchos días, recogió su herencia y se fue lejos de la casa paterna.

¿Qué hará el joven con su patrimonio? ¿Lo aprovechará para fundar un hogar, para emprender una obra grande? No.

Se marchó a un país remoto y allí malbarató todo su caudal viviendo disolutamente. Por fin tiene libertad... la libertad de perderse. Lejos del cariño paternal, padecerá hambre, habrá de ponerse a servir como porquerizo en calidad de pastor de animales impuros, y él deseaba con ansia henchir su vientre de las algarrobas que comían los cerdos y nadie se las daba....

Y viene el arrepentimiento. El hambre le recuerda el sabroso pan de la casa paterna, de esa casa en que los criados tienen comida abundante, y el recuerdo del pan casero suscitó el del cariño paterno, y la conciencia le atormenta de su propia culpa, y se dice: "*Yo iré a mi padre y le diré: Padre mío, pequé*

contra el cielo y contra ti ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros".

Y se puso en camino y como arrepentido del mal que ha causado a su padre, a la persona amada. Vuelve el hijo, confiando en la bondad de su padre. Al fin, el padre que lo ve venir de lejos, corre a él y le abraza y le besa tiernamente, y apenas le deja decir el discursito de arrepentimiento ...

"Trátame como a uno de tus jornaleros" Llama a los criados y les dice: "Presto, traed luego el vestido mas precioso y ponédselo, y ponedle un anillo en su dedo y calzadle las sandalias... y traed un ternero cebado, matadle y comamos y celebremos un banquete, porque este hijo que había muerto, ha vuelto a la vida, se había perdido y lo hemos hallado...

Se supone el perdón del hijo, y lo que salta a la vista es la efusión de alegría y el desbordamiento del amor...

La figura de este padre es la de nuestro Padre Dios que ama a todo pecador y lo espera para darle un abrazo y las palabras más efusivas de perdón.

(Esto me recuerda la dicha y la alegría que sienten los pecadores que han vivido muchos años alejados de Dios como el hijo pródigo. Un día un señor se me acercó y me dijo que tuviera la amabilidad de oírle en confesión. Hacia unos veinte años que no se confesaba y al terminar su confesión, sé le soltaron las lagrimas de alegría, y me dijo: "Quedo ahora muy contento, como me hubieran quitado una gran piedra que me oprimía". El sintió gran alegría y yo la sentí mayor que la del padre del hijo pródigo, que me recordaba el amor que Dios tiene al pecador arrepentido.

La lectura de la parábola del hijo pródigo ayudará a todo pecador a leerla y meditarla, y como ejemplo recordaré la impresión que causó a Luis Veuillot, célebre periodista, al que llamó el Papa Pío IX "emperador de la pluma". Un día fue a visitarle un amigo. Llamó mas no contestaba nadie. Con la confianza que da la amistad, entró y se asomó al despacho. Allí estaba el periodista con los codos sobre la mesa abismado en la lectura de un libro; lloraba.

Amigo le dijo el visitante ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras? Luis Veuillot pareció volver en si de un éxtasis, y por toda respuesta alargó el libro a su amigo y dijo: "Lee... El hombre que lee esta página y no llora, no tiene corazón. Era la parábola del hijo pródigo, aquella parábola que tiene el más tierno y delicado retrato que de su misericordia nos dejó Jesús.

Yo invito a todos los hijos pródigos, a cuantos vivan alejados de Dios por el pecado, a que lean esta página, y movidos por la conducta del padre del hijo pródigo, que representa a Dios, se convertirán a Él,.. Dios espera al pecador.

La oveja perdida

Jesús sabe que los escribas y fariseos murmuran de Él porque se familiariza con ellos, y les propone le siguiente parábola: "Si alguien de vosotros tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, ¿no deja las noventa y nueve y corre en busca de la que se le perdió hasta encontrarla? y cuando la ha hallado ¿no la echa sobre los hombros gozoso, y al llegar a casa, llama a los amigos y vecinos

y les dice: ¡Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido? (Lc.15,7)

Ese que tiene las cien ovejas y al perdérsele una va en busca de ella, dejando las noventa y nueve, es el verdadero y legitimo pastor.

¡Con qué solicitud la busca!... ¡Qué afán tiene por encontrarla!... y dejando las otras, las 99, sale fuera a buscarla, marcha solicito, recorre valles y montañas, y al fin la encuentra en el fondo de un barranco ya medio muerta. ¿Qué hace con ella al verla prendida en unas zarzas? ¿La riñe, la castiga o amenaza? Sin gesto alguno de amenaza, la acaricia, la pone gozoso sobre los hombros... y al mismo la lleva al redil.

¿Te admira tanta bondad? Pues... ese Pastor es Cristo, y esa oveja eres tú.

La Adúltera

Los escribas y fariseos presentan a Jesús

una mujer sorprendida en adulterio. La ley mandaba que si una mujer fuera sorprendida en este pecado, debía ser apedreada. Y ellos le preguntan: "*Maestro, ¿tu que dices?* Y Jesús que ve los perversos pensamientos de los que la acusaban, les dijo: "*El primero de vosotros que esté sin pecado que arroje contra ella la primera piedra*". Mas ellos avergonzados, se retiraron y quedan solos Jesús y la adúltera, la suma miseria enfrente de la suma misericordia, como dice San Agustín y le dice: "*¿Dónde están tus acusadores, mujer? ¿Nadie te ha condenado?*.

Y ella, sin duda, con la cabeza baja y ruborizada, contestó: "*Nadie, Señor*". Entonces Jesús le replicó: "*Pues Yo tampoco te condeno, vete en paz y no quieras pecar mas*" (Jn. 8,3ss).

La Magdalena

La Magdalena era una mujer pecadora pública, de la que Jesús había arrojado siete

demonios o siete vicios capitales, al oír que Jesús había venido a buscar los pecadores, un día se arroja a sus pies, los riega con lágrimas, los enjuga con sus cabellos, los besa y los unge con perfume, y poseída del dolor de sus culpas, no se aparta de Él hasta no oír que sus pecados son perdonados... y al fin, vuelto a ella, le dice con amor: "*Mujer, mucho has pecado, pero todo se te perdona. Vete en paz. Tu fe te ha salvado*".

La conducta de Jesús con los pecadores es admirable. Recordaré ya solamente su comportamiento con Judas, traidor, el que aún le dirigió palabras que le dieron moti vo de arrepentimiento: "*Amigo, ¿a qué has venido?...*, como diciéndole: piensa lo que haces, aún tienes tiempo de arrepentirte seriamente para obtener perdón..... Dios quiere que todos se salven... La culpa del que se condena, parte de él.

No peques ya más

Cuando nuestro Señor hubo curado al paralítico, le dijo: "*Mira, has sido curado; no peques ya más para que no te suceda cosa peor*" (Jn.5,14). Atendida la debilidad humana, es propio de los hombres el errar; pero es cosa diabólica perseverar en el error. San Juan Crisóstomo nos da este consejo: "No pequéis después de haber obtenido vuestro perdón; no os dejéis herir, después de haber sido curados; no os manchéis después de haber recibido la gracia. Pensad que la falta es más grave después de haber sido perdonados, que el renovar una herida es mucho más dolorosa después de la cura; que la mancha es más horrible cuando se cae del estado de gracia. El que peca después de haber obtenido su perdón, es indigno de indulgencia; el que se hiere a si mismo, después de haber sido curado, no merece que le curen de nuevo; el que se hunde en el cieno después de haber sido purificado por la gra-

cia, no merece serlo otra vez. Pecar es una falta grave, y volver a caer en el pecado después de la absolución, es más grave todavía. El criado que ultraja a su dueño después de haber recibido la libertad, hasta es indigno de llevar el nombre de criado" (Serm. prim.hom.lapsus).

No debemos dudar de la misericordia infinita de Dios, pero debemos estar sobre aviso, porque nos dice: "*¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas, te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres...*" (Eclo. 21,2-4). "*No peques ya más para que no te suceda cosa peor*" (Jn. 5,14).

Puede aleccionarnos el siguiente hecho referido por San Leonardo de Puerto Mauricio: "Un libertino, conmovido por la gracia de Dios, mientras estuvo escuchando un sermón, resolvió hacer confesión general. Escribió sus pecados en un papel, y con

esta lista se dirigía a la iglesia para reconciliarse con el Señor.

Por el camino encontró a su cómplice, que le invitó a entrar en su casa. El hombre cayó en la tentación, diciéndose: "Después de todo no será sino un pecado más que confesar". Mas no pudo confesar ni aquel pecado ni los anteriores que llevaba apuntados. Le llevaron muerto de aquella casa....

Es más funesta la recaída que la simple caída en el pecado. El recaer el hombre en algún pecado después que se confesó y Dios le perdonó, es una traición... Lo que debe hacer todo el que se confiesa, es no confesarse como por rutina, sino que en su confesión vaya incluido el propósito firme de no volver a pecar, y a este fin evitar toda ocasión de pecado, actuándose en la presencia de Dios. "Si pensáramos que Dios nos ve, como dice Santo Tomás, nunca o casi nunca pecaríamos".

Aprendamos a vivir

"Se vive una sola vez". Esta expresión nos está diciendo que el tiempo en que vivimos es muy corto y exige que lo aprovechemos bien. Como dice San Agustín: "No vivimos todo el tiempo que queremos...Tienes el día de hoy, deseas el de mañana, cuando hayan pasado tendrás menos días...". Pero ¿cuánto tiempo pensamos vivir? "*El número de los días del hombre, a mas tirar, son cien años; como una gota de agua en el mar, como un grano de arena, así son sus pocos años a luz del día de la eternidad. Por eso el Señor es magnánimo con ellos, y derrama sobre ellos su misericordia*" (Eclo.18,8-9).

Ante la brevedad de la vida nos dice Dios por el profeta Isaías: "*Convertíos a Mi... y seréis salvos, porque Yo soy Dios y no hay otro*" (45-22).

"*Conviértete al Señor y abandona tus vicios.....*" (Eclo. 17,21).

San Agustín nos hace esta reflexión:

"Mañana, dices, viviré bien. Dios te prometió indulgencia; pero nadie te prometió el día de mañana. Si has vivido mal hasta ahora, empieza a vivir bien hoy mismo" (In.Ps.101).

Voy a terminar en este pequeño libro con unos ejemplos instructivos que nos ayudarán a aprovechar bien el tiempo, a no vivir en pecado y a confiar mucho en Dios para lograr cuanto deseamos.

1

El bien que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana.

El *Padre Pedro de Calatayud* cuenta: En cierta villa de Castilla llegó a mi una casada deseosa de que su marido viniese a oír la Misión y se confesase conmigo; díjela, vaya Vd. y dígale a su consorte que venga, oiga la Misión y que yo le confesaré con mucho gusto; no hizo caso; acabada la comunión

general el día de San Simón y San Judas Tadeo, pasados dos días, si bien ya le había dicho que se confesaría algo más adelante, a las ocho de la noche se fue a la cama con su mujer; a la media hora se levantó la mujer para sacar una niña, y volviendo al lecho tocando los pies del marido, los halló yertos; le tocó el rostro, le halló helado y frío, asustada fue por luz y le halló cadáver, me lo contó ella misma, y sucedió el año 1728. ¡Cuán peligroso es desperdiciar la ocasión que se le ofrecía de arreglar las cuentas con Dios! ¿Se salvaría su alma?...

2

¡Triste suerte del que vive en pecado!

Una noche de Carnaval en Madrid. Un joven pregunta por el *Padre Rubio*. Es urgente, para confesar a un moribundo. ¿En dónde vive? El desconocido tarda en decir la dirección. Al fin, la dice.

Don Carlos Villameriel, que esta presente, frunce el ceño, se vuelve al P. Rubio, y le dice: "¡Padre, esa casa.... ¡es una casa mala! La contestación: "A cualquier parte iré yo con tal de salvar un alma. Acompáñeme!".

En el cuartucho de la casa pública está preparada ya la celada. ¡Qué campanada sonará mañana en Madrid, cuando se divulgue la fotografía del santo Padre Rubio, sorprendido en plena juerga en una casa de prostitución!.

Tres muchachos tramaron la broma. En un rincón, disimulada está la cámara fotográfica y la lámpara de magnesio para el fogonazo en el momento oportuno.

Los muchachos echan suerte: uno de ellos ha de acostarse y fingirse enfermo. Cuatro meretrices están escondidas en un rincón, para fingir en el momento oportuno. Se corre la cortina de la alcoba el enfermo fingido ya se ha tumbado.

Entra el P. Rubio. ¿Dónde está el enfer-

mo? "Aquí, Padre; está muy malo, ¿sabe usted? y el pobre se quiere confesar. El P. Rubio se acerca a la cortina. En un rincón una mano enciende ya un fósforo para inflamar el magnesio. Pero el P. Rubio, sin tocar la cortina, se encara con los que le han llamado, y exclama: "¿Por qué me han llamado tan tarde? El muchacho ha muerto ya" . "No, Padre..." .

Uno de los muchachos descorre la cortina y toca al falso enfermo: "Oye tú, verdad que te quieres confe...". Un escalofrío le ha corrido de pies a cabeza. Si, está muerto. Con los ojos dilatados por el terror, clavados en el cielo.

3

Confiemos en Dios para que nos salgan bien las cosas...

Al ser interrogado el aviador *V. Hünefeld*

después de su vuelo al Asia oriental, qué aparatos eran los mejores para tales vuelos de grandes distancias, primero contestó sencilla y objetivamente a lo que le preguntaban, y luego, como la cosa más natural del mundo, añadió: Finalmente, en todas esas cosas la confianza en Dios no ha de estar solamente en los labios, sino en lo mas profundo del corazón.

4

Ocurrió unos meses después de la batalla de Adua, en que fueron derrotados los italianos (1896). Un día el emperador abisinio llamó a un prisionero de guerra italiano, y delante de todos los presentes leyó la siguiente carta:

"Gran emperador: Tened piedad y devolved a una desgraciada mujer su hijo. En nombre de la Madre de Dios os lo suplico. En nuestra iglesia he ofrecido una vela ante

su imagen y me ha parecido que María me sonreía y me decía: Ten confianza: "Menelik te devolverá tu hijo!, y así, en nombre de ella te pido nuevamente mi hijo".

Silencio de expectación. El emperador se vuelve al prisionero: "Eres libre. Vuelve a tu casa, aquí tienes dinero para el viaje. Y di a tu madre, que no fue Menelik, sino María quien te devolvió la libertad. Ella es también mi Madre. Si la Madre dice "si ", yo no puedo decir "no".

Conclusión

Dios es un Dios de perdón y de misericordia. Para que Él nos perdone, sepamos también nosotros perdonar, como se nos enseña en el "Padrenuestro". Para que nos salgan bien todas nuestras empresas contemos con Él, y en nuestros viajes y negocios digamos, como nos dice el apóstol Santiago, "*Si Dios quiere*". Este apóstol diri-

giéndose a los comerciantes y a los ricos les dice: "*Y vosotros, los que decís: "Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y pasaremos allí el año, y negociaremos, lograremos buenas ganancias. No sabéis cuál será vuestra vida de mañana, pues ¿qué es nuestra vida sino humo, que aparece un momento y al punto se disipa?.*

En vez de esto debíais de decir: "Si Dios quiere y vivimos", haremos esto o aquello. Pero de otro modo os jactáis fanfarronamente, y esa jactancia es mala. "Pues el que sabe hacer el bien y no lo hace, se le imputa a pecado" (Sant. 4, 13-17).

¡Cuántos jóvenes y aun mayores salen de viaje, y forman sus proyectos, lo pasaremos bien... y ¿qué sucede? que murieron en un accidente de coche o de otra manera.... por no contar con Dios. Si sales, pues, de viaje no se te olvide decir: "Haremos esto o aquello y si Dios quiere volveremos en bien..."

Tengamos presente que contando con Dios y viviendo en amistad con Él, todo

nos resultará bien. También invoquemos a la Virgen María, porque Ella es "Madre de misericordia".

Laudetur Iesuschristus=Alabado sea Jesucristo

INDICE

Presentación 3
DIOS AMA A LOS PECADORES 7
Creyentes e incrédulos 7
¿Qué es el pecado? 9
El pecado mortal es el peor de los males . .12
¿Qué se pierde por el pecado mortal? 15
Todos somos pecadores 16
Dios ama a los pecadores 19
¿Serán pocos los que se salven? 22
El pecado ante la misericordia de Dios 25
El hijo pródigo 28
La oveja perdida .32
La Adúltera 33
La Magdalena 34
No peques mas 36
Aprendamos a vivir. 39
Ejemplos 40
Conclusión 45